

Carlos Ciappina ciappinac@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-4780-9435>

Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder «Aníbal Ford»

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

En el artículo se pone en diálogo la trayectoria vital de Rodolfo Walsh con los momentos históricos, sociales y políticos de la Argentina, entre 1930 y 1976. El trabajo caracteriza cada momento históricosocial y, a partir de la diversidad de sus escritos literarios y periodísticos, indica los cambios en la perspectiva política de Walsh a lo largo de su vida, desde posicionamientos cercanos al nacionalismo de derechas antiperonistas, hasta su militancia e inclusión en el Peronismo Revolucionario. El autor señala que este tránsito y sus modificaciones se desarrollan, particularmente, a partir de su obra periodística y literaria y desde allí hacia la militancia política.

Palabras clave

historia, periodismo,
sociedad, peronismo revolucionario

Abstract

In this article, the vital trajectory of Rodolfo Walsh is put in dialogue with the historical, social, and political moments of Argentina, between 1930 and 1976. The work characterizes each historicalsocial moment and, from the diversity of his literary and journalistic writings, points out the changes in Walsh's political perspective throughout his life, from positions close to Antiperonist right wing nationalism, until its militancy and inclusion in the Revolutionary Peronism. The author indicate this transit and modifications are develop particularly from his journalistic and literary work and from there to political militancy.

Keywords

history, journalism,
society, revolutionary Peronism

Walsh: escritura y verdad en cada momento histórico

Walsh: Scripture and Truth
in Every Historical Moment

Por Carlos Ciappina

*Al mismo río entras y no entras,
pues eres y no eres*

(Heráclito)

Rodolfo Walsh vivió cincuenta años. Su existencia, rica y heterogénea como literato, periodista, militante revolucionario, ajedrecista, traductor y tantos otros oficios terrestres, puede encuadrarse en dos momentos bisagra de la historia argentina: el primer Golpe cívico militar que interrumpió un gobierno nacional y popular (el de Hipólito Yrigoyen, en 1930) y el Golpe cívico militar que inauguró la feroz Dictadura de 1976, que golpeará a 30 000 argentinos directamente y a cientos de miles más indirectamente, incluidos el propio escritor y su hija Victoria.

Cincuenta años en los que la sociedad argentina intentó, reiteradamente, iniciar un proceso de democratización y de participación popular que modificara las estructuras generadas por la elite oligárquica a partir de Pavón (Galasso, 2011). Podría decirse que en esos cincuenta años la Argentina pasó de una autopercepción de excepcionalidad en América Latina –la idea de una sociedad europea, el mito de la civilización realizada,

que podía dar paso a un paulatino proceso de desarrollo económico y social distributivo— a la comprobación de la absoluta pertenencia a la tradición latinoamericana, en donde una elite económico-social detenta el poder en los modos de una brutalidad creciente que finaliza con la Dictadura iniciada en 1976, con el genocidio y con la «miseria planificada», sostenida por los campos de detención ilegales, las torturas, las desapariciones y los asesinatos (Duhalde, 2013).

Cincuenta años en los que la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie se expresa en toda su dimensión malentendida: en el empecinamiento de la elite por imaginarse «lo civilizado», la Argentina se fue hundiendo de la mano de terratenientes, de empresarios y de militares en una barbarie creciente: los que más apelaban al discurso y a las bellas palabras de la tradición eurocéntrica —democracia, república, libertad— se hundían en cada nuevo Golpe militar en dictaduras más represivas, en repúblicas más vulneradas y en libertades más cercenadas (Feinmann, 2010).

Walsh parte desde las mansas y tranquilas aguas del borde lejano de un enorme remolino y se ve cada vez más atraído por la vorágine hacia el centro, en donde la velocidad, la necesidad de no fallar y el riesgo son cada vez mayores. Durante esos cincuenta años, su trayecto personal es el de quien parece destinado al reconocimiento literario y periodístico de los civilizados pero termina luchando en el campo popular, bárbaro, en la dicotomía liberal.

De la crisis del 30 al Golpe «Libertador» (1930-1955)

Con apenas tres años, Walsh, junto con su familia, es una de las tantas víctimas del dislocamiento que la crisis de 1930 produjo a la semicolonias británica que era la Argentina. El derrumbe de las exportaciones de granos y de carnes le puso un punto final al modelo agroexportador que había sostenido la opulencia argentina (Scalabrini Ortiz, 1940). La familia Walsh, como todos los pequeños propietarios de tierras de ese entonces, se ve afectada seriamente por la crisis, lo que la lleva a la venta de la chacra familiar, en 1937, y al posterior ingreso de Walsh a la dura educación de los religiosos irlandeses: primero, en el internado de pobres y huérfanos y, luego, en el Colegio Fahy, en Moreno (Jozami, 2006).

Visto en perspectiva, resulta natural que el joven se acerque a la política en la crucial coyuntura de los años 1944 y 1945 de la mano de la Alianza Libertadora Nacionalista, expresión crítica a la Argentina liberal, a la que se veía como definitivamente perimida. La educación católica, la vivencia de crisis y el empobrecimiento familiar, junto con el cuestionamiento de los valores liberales, son los rasgos de una porción no despreciable de las clases medias en lo inmediatamente previo al peronismo.

Este tímido compromiso político inicial le deja al joven Walsh todo el tiempo disponible para su pasión escritural: el cuento policial, al que le dedica su tiempo creativo y a partir del cual comienza a hacerse conocido en el mundo de las letras, y, más aún, en los caminos consagrados o consagradorios de aquel momento. Durante el primer peronismo (1946-1955) esta tendencia se profundiza y se decanta: Walsh publica *Variaciones en rojo* (1953), por el que se le otorga el premio municipal de Buenos Aires (por primera vez a un policial), la antología *Diez cuentos policiales argentinos* (1953) y llega al espacio consagradorio de las letras liberales cuando el diario *La Nación* publica en el suplemento literario su artículo «Dos mil quinientos años de género policial» (1954).

Walsh es crítico del primer peronismo desde dos facetas opuestas: primero, por derechas, desde la Alianza Libertadora Nacionalista y, luego, al señalar y al admitir la calificación de los círculos intelectuales, académicos y periodísticos de la época que tildaban al peronismo de dictadura. Si bien no participó activamente de la oposición militante al peronismo (como sí lo hizo su hermano, que era oficial de la Marina), su lejanía con el peronismo quedó plasmada en su cuento «2-0-12 No vuelve» (1955), publicado inmediatamente luego de la autodenominada «Revolución Libertadora» que derrocó a Juan D. Perón.

Ese cuento breve, publicado en *Leoplán*, relata en tono admirativo las peripecias de tres aviadores navales (de la aviación de Marina golpista) que murieron cuando los alcanzó el fuego del ejército leal al gobierno constitucional. Fiel a su compromiso implacable por la verdad, Walsh no deja de entrever que uno de los tres pertenecía al peronismo e introduce allí, por primera vez en la política, un tema para él recurrente: el deber, el compromiso y el honor. Más aún, con la meticulosidad que lo caracterizó siempre, se traslada a Bahía Blanca para ver los restos del avión y, en su última actividad política previa al fusilado que vive, participa del homenaje que en 1956 le realizan a los tres aviadores en Saavedra, la localidad en la que cayó el avión (Jozami, 2006).

De la literatura «Libertadora» a las vísperas de la Revolución Cubana (1955-1961)

El Golpe cívico militar de 1955 lo constituye un heterogéneo grupo de civiles y de militares: el lonardismo –que proponía quitar a Perón del poder y sostener los avances sociales, sindicales y nacionales del peronismo–, los sectores radicales y socialistas furiosamente antiperonistas –que planteaban una limpieza a fondo del sistema electoral y político, al que consideraban pervertido por la demagogia peronista– y un sector del Ejército y de la Armada que, de la mano de Isaac Rojas y de Pedro Eugenio Aramburu, tenía un propósito más profundo: refundar la Nación, extirpando de raíz todo lo que pudiera significar continuidad del peronismo. Esta perspectiva (que pronto se denominó «gorila») pretendía, además, reconstituir la Argentina de los granos y de las mieses, como si fuera posible volver por la fuerza de las bayonetas al mundo de 1910 (Feinmann, 2010).

Es esta facción «ultra» la que rápidamente triunfa, destituye a Eduardo Lonardi en diciembre de 1955 e inicia un proceso de revancha oligárquica que se ensaña con símbolos, sindicatos, organizaciones y personas que se vincularan o se declararan peronistas. Un intento imposible de retorno al pasado, de vuelta al país sin la existencia del peronismo, que va a signar toda la historia nacional hasta 1973 y a generar un creciente malestar popular, violencia estatal y numerosas resistencias en los sectores populares.

Por vinculaciones familiares, por relaciones literarias y por procedencia social, Walsh forma parte de ese universo heterogéneo que saluda con alivio la «Revolución Libertadora». Convencido de que el peronismo es la antirepública, el periodista espera de la «Libertadora» aquello que los dictadores no podían darle a la Argentina: el funcionamiento republicano y el goce de las libertades garantizadas por la Constitución. En esa situación de «espera» se encuentra cuando, casualmente, se topa con el mensaje de que hay un fusilado que vive, en el bar Rivadavia de la ciudad de La Plata. Ese fusilado que vive lo inicia en una investigación meticulosa, perspicaz y también traumática para el propio autor: *Operación masacre* (1957) desnuda los procedimientos ilegales e inhumanos sobre los que la dictadura de Rojas y de Aramburu sostiene su poder.

El intento de levantamiento de Juan José Valle, en junio de 1956, es reprimido con detenciones y con torturas, con fusilamientos ilegales y clandestinos. Walsh descubre con precisión la naturaleza del hecho. Cree, aún, que su investigación periodística será un éxito y que los grandes medios o editoriales se pelearán por tenerla y por publicarla. Pero descubre que lo que ocurre es todo lo contrario: su investigación es negada, ocultada y apenas publicada en entregas semanales, primero, por el diario nacionalista *Revolución Nacional*; luego, por *Mayoría*; y, recién en diciembre de 1957, por la editorial nacionalista Sigla que publica la totalidad de la obra en formato de libro.

Con *Operación masacre*, Walsh no solo corre el velo de la verdadera naturaleza de la Libertadora para la sociedad, sino para él mismo. Resulta pues, que los republicanos son vulgares asesinos y que los demócratas son mil veces peores que los comisarios de la dura policía peronista. Pero descubre aún algo más hondo: hay todo un sistema de ocultamiento jurídico, periodístico y cultural que se aplica a esos fusilamientos y a quienes, como él, intentan señalar la verdad. A los fines judiciales y sociales, su investigación pasa sin pena ni gloria, nadie es enjuiciado, nadie es sentenciado, nadie es culpable. También comprueba que el único culpable comienza a ser él mismo, por atreverse a desnudar la verdad pura y simple.

Por eso es tan clave *Operación masacre* en la vida y en la obra de Walsh y en las décadas por seguir: pone al descubierto (para él, en primer lugar) que, en la Argentina de 1956, las variables de análisis político están al revés: la «Libertadora» es la barbarie dictatorial y no la civilización, los republicanos libertadores violan todos los principios del derecho y el aparato cultural tradicional acompaña esa tarea destructora negando y ocultando las tropelías de los que iban a salvar a la nación. El periodista experimenta en sí mismo (sin estar ni remotamente cerca del peronismo), el descrédito, el destrato y la invisibilización que los/as peronistas y el pueblo en general sufrían con la dictadura.

Esta comprobación sobre el carácter perverso de los libertadores la vuelve a desnudar con la investigación periodística que denominó *El caso Satanowsky* (1958). Entre junio y diciembre de 1958, la revista *Mayoría* vuelve a publicar una investigación de Walsh en la que queda demostrado que el conflicto entre el Estado en manos de los militares y los dueños del diario *La Razón* (representados por Marcos Satanowsky) se había resuelto en forma mafiosa: Satanowsky, obstáculo para los negocios espurios de los dictadores, fue asesinado con la evidente complicidad de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado) y con el letargo voluntario de los tribunales que juzgan el caso y no hallan ningún culpable ni responsable.

Un año después se inicia el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), la primera experiencia que alienta los militares para el retorno a una democracia condicionada y limitada. Perón y el peronismo están prohibidos, por lo que nace con una debilidad insana: Frondizi triunfa, pero por un acuerdo electoral oculto con Perón y, a la vez, está amenazado por los militares para no intentar «legalizar» al peronismo. Frondizi depende de los militares y estos se lo harán sentir, casi cada semana, con planteos y con amenazas de Golpe (Novaro, 2010).

Aún así, consultado en 1958 sobre el peronismo, Walsh responde:

No soy peronista, no lo he sido ni tengo intención de serlo... Puedo, sin remordimiento, repetir que he sido partidario del estallido de septiembre de 1955. No solo por apremiantes motivos de afecto familiar –que los había–, sino que abrigué la certeza de que acababa de derrocar un sistema que burlaba las libertades civiles, que fomentaba la obsecuencia, por un lado, y los desbordes, por el otro. Y no tengo corta memoria: lo que entonces pensé, equivocado o no, sigo pensándolo... Lo que no comprendo bien es que se pretenda obligarnos a optar entre la barbarie peronista y la barbarie revolucionaria. Entre los asesinos del Dr. Ingalinella y los asesinos de Satanowsky (Jozami, 2006: 46).

Esta posición «equidistante» de Walsh hacia fines de 1958 esconde una profunda transformación: ahora, para el escritor y periodista, los dictadores de la «Revolución Libertadora» son la barbarie. En solo dos años, y frente a la evidencia de sus propias investigaciones, cambia profundamente su modo de calibrar a los militares antiperonistas.

De la Revolución Cubana al Peronismo de Base (1961-1970)

El 1 de enero de 1959 una noticia conmueve al mundo y, muy especialmente, a toda América Latina: los jóvenes rebeldes del M26 de Julio, de la mano de los hermanos Fidel y Raúl Castro, junto con Camilo Cienfuegos, Ernesto Guevara y los militantes universitarios de la Habana, habían logrado derrocar al sangriento dictador Fulgencio Batista (Mires, 1990). La Revolución Cubana recién comenzaba, con un programa todavía confuso con respecto a la línea económico-política a seguir. Tan confusa era esta línea que una parte del establishment radical-liberal norteamericano saludó la revolución, y en la Argentina algunos intelectuales creyeron ver en esa revolución un signo equiparable a la «Libertadora». En pocos meses, sin embargo, la agenda de la Revolución comienza a profundizarse y crece el enfrentamiento con el ala derecha de la propia revolución y con la política exterior de los Estados Unidos. Para 1961, la revolución se declara marxista-leninista y se inicia un proceso de transformaciones nacionalistas y distribucionistas que admiraron a los partidos revolucionarios de todo el continente.

La Revolución Cubana tuvo un impacto mayor aún en las estrategias revolucionarias de América Latina (Moniz Bandeira, 1998): la idea de un «foco» (rural o urbano) a partir del cual se avanzara en un frente militar y social contra un gobierno establecido parecía permitir alcanzar una segunda independencia; en el lenguaje de la época, una liberación. Los que por esos años de optimismo revolucionario señalaban que los países de América Latina no tenían el estatus de colonia (o sea, que tenían gobiernos propios y democráticos), que las estrategias exitosas de Argelia, de Egipto o de Vietnam no podían trasladarse a América Latina y que los ejércitos nacionales latinoamericanos tenían una considerable fuerza militar y, más importante, cierto arraigo nacionalista a nivel popular, eran considerados pequeñoburgueses o, peor aún, contrarrevolucionarios. El cielo –la revolución latinoamericana– estaba al alcance de la mano.

Convocado por Jorge Masetti y por Rogelio García Luppo, Walsh se suma tempranamente (mediados de 1959) a Prensa Latina, la agencia de noticias que la Revolución Cubana necesitaba desarrollar para contrarrestar la tarea de ocultamiento o de tergiversación de las agencias tradicionales (Vaca Narvaja, 2016). En los dos años que permanece en Cuba, aporta toda su capacidad periodística al esfuerzo cubano y se contacta, por primera

vez, en profundidad con el marxismo, en su versión revolucionaria y latinoamericana. Nuevamente (como en *Operación masacre*), es su labor periodística la que lo pone en contacto con un movimiento popular y es también el periodismo –o su apego a lo que Walsh consideraba la necesaria capacidad de ejercicio de la libertad periodística– lo que le pone sus señalamientos críticos dentro de un apoyo decidido al proceso revolucionario cubano.

Es conocida la anécdota del modo brillante en el que Walsh descifra, en 1961, las claves mediante las cuales se comunican los contrarrevolucionarios que se organizan en Guatemala con la CIA (Central Intelligence Agency) en EE.UU. Esas claves resultan fundamentales para ganar la Batalla de Playa Girón, pero también generan un cortocircuito entre Walsh –que quería dar a conocer la información rápidamente, y que de hecho lo hizo en la revista *Che* en Buenos Aires ese mismo año (Jozami, 2006)– y la conducción Revolucionaria que pretendía (y lo hizo) utilizar la información posponiendo su uso periodístico.

A mediados de 1961, Walsh deja la agencia y vuelve a Buenos Aires. Siempre mantendrá una vinculación estrecha con Cuba, defenderá su revolución y nunca expondrá las razones de fondo por las cuales dejó Prensa Latina. Pero la impronta de esos dos años será definitiva: Walsh adscribe a la izquierda latinoamericana y se autodefine, de allí en más, como «marxista». Incluso, aunque en su inquebrantable apego por la verdad declare ante una pregunta puntual: «Tengo que decir que soy marxista, pero un mal marxista, leo muy poco: no tengo tiempo para formarme ideológicamente. Mi cultura política es más empírica que abstracta» (*Siete Días*, 1972, en Jozami, 2006: 58).

Con su estadía en Cuba, Walsh da un nuevo paso en su camino de enfrentamiento con la «cultura oficial». *Operación masacre* y Prensa Latina (peronismo y marxismo) se constituyen, así, en dos procesos que se unen en Walsh desde su tarea periodística, como dos procesos que lo transforman profundamente.

Un nuevo intento político de la hegemonía oligárquica se inicia con el gobierno de Arturo Illia, en 1963. Viciado de legitimidad democrática, el gobierno radical tendrá los mismos condicionamientos de la corporación militar que tuvo Frondizi por ser electo sin que el peronismo pueda presentarse. El peronismo, en tanto, frustrado por una nueva proscripción, continúa y amplía la resistencia, y los sindicatos combativos siguen tratando al gobierno como un enemigo al cual derrotar. Para empeorar la situación, el gobierno de Illia se muestra muy activo en evitar que Perón retorne desde Madrid, con lo que cierra toda posibilidad de diálogo con el peronismo. El respeto por las libertades civiles que el viejo Presidente radical pretendía instalar no era tomado como un hecho positivo –libertades individuales que no contemplaban el voto de la mayoría– sino solo como una ventaja para mejor organizar la lucha popular (Galasso, 2011).

En ese contexto de proscripción y de democracia vaciada de sentido, la política se radicaliza: Jorge Ricardo Massetti (otrora periodista de Prensa Latina) se decide por la vía revolucionaria e intenta un foco guerrillero en Salta; John William Cooke trabaja,

incansablemente, para acercar marxismo y peronismo; Walsh se acerca al Movimiento de Liberación Nacional, grupo de la denominada Nueva Izquierda, en donde confluyen escritores como Ismael Viñas, Roberto Cossa, Ricardo Piglia, Andrés Rivera, Jorge Rivera, León Rozitchner y Francisco Urondo. Ese grupo político reconoce en Walsh a un escritor y a un periodista de prestigio. Su pertenencia a este grupo va a extenderse de 1965 a 1968, pertenencia que no remite a una militancia política específica sino más bien a la colaboración literaria en los emprendimientos editoriales del grupo. Desde esa pertenencia intelectual y periodística, Walsh parece orientarse, nuevamente, hacia su oficio de escritor. Tiene a esta altura un nombre reconocido y las editoriales lo buscan: se publican sus obras de teatro «La Batalla» (1964) y «La Granada» (1965), se publica la segunda edición de *Operación masacre* (1964) y la editorial Jorge Alvarez publica *Los oficios terrestres* (1965), *Un kilo de oro* (1967) y *Memorias de la infancia* (1968).

El impacto de la dictadura de Onganía

La experiencia del gobierno civil de Arturo Illia pendía de un hilo, y ese hilo se rompió en junio de 1966. La política del Presidente que intenta profundizar la nacionalización petrolera y limitar el margen de maniobra de los laboratorios farmacéuticos extranjeros enoja al establishment económico; mientras que es evaluado por los militares como «débil» frente a la movilización creciente de sindicatos y de organizaciones políticas. En medio de una fenomenal campaña mediática, el General Juan Carlos Onganía –formado en la Doctrina de la Seguridad Nacional, ultracatólico y profundamente conservador– dirige un Golpe de Estado que inaugura una nueva dictadura (O'Donnell, 1984).

Los objetivos de «La Revolución Argentina» y las expectativas de la sociedad argentina de 1966 no podían ser más contrapuestos. Mientras Onganía inicia una cruzada moralizadora contra minifaldas y contra besos en las plazas, intenta reinstalar la enseñanza religiosa en las escuelas públicas y censura medios, filmes y universidades, la sociedad argentina pasa por ser la más activa cultural y socialmente de América Latina: la producción cultural está en ascenso, los jóvenes se pliegan en masa al rock, a la movilización política, y al estudio y a la militancia del peronismo y del marxismo.

Lejos de hacer retroceder la movilización gremial, política y cultural, la dictadura de Onganía logra el efecto contrario: el peronismo se renueva con los jóvenes obreros y con los universitarios –que veían a Perón como la respuesta a la postergación política y social–, al tiempo que las organizaciones de izquierda inician un proceso de renovación y de movilización creciente.

En este contexto, Walsh conoce a Perón. Es el inicio del año 1968 y, aunque gobierna Onganía, Perón es el verdadero actor político central de la política argentina. Líderes políticos, sindicales, representantes de la cultura, periodistas, y aun curiosos de todo tipo, van a Madrid a entrevistarse con Perón, quien comienza a pensar que se van acercando los tiempos en los que pueda derrotar a esta nueva dictadura y que para ello

necesita de todas las fuerzas político-sociales. En ese contexto de movilización peronista en alza, y con un Perón que se referencia cada vez más con el sindicalismo combativo y con los jóvenes revolucionarios, Walsh se encuentra con Perón y con Raimundo Ongaro en Madrid. De ese encuentro surgirá un nuevo oficio terrestre: la creación y la puesta en marcha del *Semanario de la CGT de los Argentinos*.

La CGT de los argentinos hacía confluír a los trabajadores del peronismo «duro» (telefónicos, sanidad), a algunos gremios con influencias radicales y socialistas (ferroviarios y viajantes), a sectores socialcristianos cercanos al peronismo y a miembros del Partido Comunista y del Partido Comunista Revolucionario. Una construcción sindical que proponía una lucha obrera clasista y que, sin renegar del peronismo, proponía una democratización gremial y una lucha frontal, sin negociaciones, con la dictadura de Onganía (Bozza, 2009).

La experiencia del *Semanario de la CGT de los Argentinos* le demanda a Walsh una dedicación de tiempo completo: obsesivo y cuidadoso de los más mínimos detalles, se propone un semanario de una organización obrera con el arte y con la calidad del mejor medio gráfico posible. Pero en esta experiencia, Walsh dará un paso más en su compromiso político (siempre de la mano de la labor periodística) y participará de las definiciones políticas como periodista-escritor: como ejemplo, baste la proclama del 1 de mayo de 1958 que escribe el propio Walsh, con la confianza y con el apoyo de Ongaro. La publicación saldrá en forma abierta durante dos años (hasta la detención de Ongaro y el allanamiento de la CGT de los Argentinos luego del Cordobazo, en 1969). Esta experiencia es clave para Walsh, quien, receptivo y sensible, vive en carne propia las dificultades que se le planteaban para comunicar y para llegar desde la gráfica tradicional a la clase obrera (Sotelo, 2008).

En la CGT de los Argentinos se pone en contacto con el incipiente Peronismo de Base (PB), que consideraba al peronismo como el movimiento de masas con capacidad revolucionaria. Identificados con los planteos de Cooke, veían la necesidad de despojar al peronismo de sus componentes «burgueses» y, reconociendo en principio el liderazgo de Perón, la necesidad de «correr» al peronismo hacia un movimiento de clase, que privilegiara la conducción y la política obrera despojada de los «acuerdos» de la CGT tradicional, y que le diera mayor precisión ideológica y política al movimiento. En ese punto, el PB –y su brazo armado, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP)– buscaba la confluencia entre marxismo y peronismo (Altamirano, 2011).

En este periodo, en el que se radicaliza la política, Walsh continúa en su doble condición de escritor y de periodista, a la que le suma el rol específico de militante político. Se inicia un período de compromiso creciente que lo lleva, en su inquebrantable búsqueda de la verdad, a un conflicto interno con respecto a esos tres roles. Al mismo tiempo que se involucra con la militancia política, sus textos periodísticos y literarios reciben reconocimiento público: en 1968, la editorial Jorge Álvarez publica *Memorias de la infancia*; durante 1969, se publica la tercera edición de *Operación masacre, Crónicas de Cuba* y la editorial Tiempo Contemporáneo publica *Quién mató a Rosendo*; también

publica en *Primera Plana* una carta en defensa de la Revolución Cubana (respondiéndole a Guillermo Cabrera Infante) y la revista *Siete Días* da cuenta del carácter de reconocimiento público realizándole una entrevista. Esa entrevista resulta clave para comprender la permanente independencia de Walsh: «Soy un mal marxista... Prefiero extraer mis datos de la experiencia cotidiana» (Jozami, 2006: 125).

Del Peronismo de Base a la inclusión en Montoneros (1972-1974)

En 1969, el Cordobazo marca el límite de la carrera política de Onganía y obliga a la dictadura a efectuar un cambio de timón. Los sectores más lúcidos (liderados por Agustín Lanusse) comienzan a buscar una estrategia de transición hacia la democracia, aún sin descartar la posibilidad de la participación electoral del peronismo. Frente a la creciente debilidad de los dictadores, se acelera la movilización sindical, social y política que pugna en dos grandes sentidos: por un lado, la lucha por el retorno de Perón y del peronismo como expresión de un proyecto amplio de redemocratización y, sobre todo, de liberación nacional; por otro, la movilización desde las izquierdas que pugnan por la superación de la dictadura para llevar a cabo una revolución de carácter socialista.

En este momento de ascenso de la movilización política y social, Walsh ingresa al Peronismo de Base y, fiel a su tradición política, al sector «antimovimientista», crítico de la burocracia sindical y del partido justicialista. Su actividad literaria-periodística se encamina, definitivamente, a formar parte de su militancia política: Walsh comienza a pensar que no hay lugar para la literatura, y menos aún para el periodismo, si no es en el contexto de una lucha mucho mayor: la lucha política por la liberación nacional.

En una entrevista que Ricardo Piglia le realiza en 1970, Walsh afirma:

Yo hoy pienso que no sólo es posible un arte que esté relacionado directamente con la política, sino que [...] no concibo hoy el arte sino está relacionado directamente con la política, con la situación del momento en que se vive en un país dado, si no está eso para mí le falta algo para poder ser arte (Di María, 2001: 136).

Su perspectiva está, ya, completamente direccionada hacia la militancia política, y así queda evidenciado en cada una de sus obras de este período: en 1971, escribe una carta a Fernando Retamar en defensa de la Revolución Cubana y de la situación del escritor Herberto Padilla, que había generado un pedido de explicaciones de los

intelectuales progresistas a la Revolución caribeña. Ese mismo año acompaña a Jorge Cedrón en la grabación clandestina de *Operación masacre* e inicia en las villas de Capital Federal la enseñanza del periodismo.

En 1972 se publica la cuarta edición de *Operación masacre*, para este momento un ícono en la lucha revolucionaria contra la dictadura. Walsh escribe en el epílogo:

Tres ediciones de este libro, alrededor de cuarenta artículos publicados, un proyecto presentado al Congreso e innumerables alternativas menores han servido durante doce años para plantear esa pregunta (la de los fusilamientos) a cinco gobiernos sucesivos. La respuesta siempre fue el silencio. La clase que esos gobiernos representa se solidariza con aquel asesinato, lo acepta como hechura suya y no lo castiga, simplemente, porque no está dispuesta a castigarse a sí misma (Walsh, 1972: 174).

Walsh completa el círculo iniciado en 1956: toda la formidable obra de reconstrucción y de denuncia periodística que iniciara como una muestra de los errores o de las desviaciones de una dictadura desvariada de sus objetivos políticos era, en realidad, parte de un entramado mucho más amplio: esa dictadura es –y lo es, aún en 1972– un mero apéndice de una clase que domina la realidad argentina: la oligarquía. En ese contexto, y fiel a su modo riguroso de encarar cada actividad, Walsh comienza a preguntarse si podrá continuar escribiendo literatura y militando políticamente.

Avanzado 1972, queda claro que Perón ve en la salida electoral (con o sin su participación) la oportunidad para terminar con la dictadura. Definido el calendario electoral para 1973, la Juventud Peronista y Montoneros toman un protagonismo casi excluyente, lo que pone en tensión al resto de las organizaciones peronistas y revolucionarias de izquierda. Walsh asiste al conflicto dentro del PB-FAP en relación con este tema: un sector considera que se corre el riesgo de privilegiar la cuestión electoral y de detener la avanzada de las masas hacia un proceso revolucionario; otro sector –mayoritario– considera que hay que jugar a fondo por la opción electoral como primer paso para continuar con la profundización del proceso de liberación nacional. Walsh se encuentra en este segundo grupo y, para comienzos de 1973, se suma al Bloque Peronista de Prensa que se incorporará, junto con la Juventud Trabajadora Peronista, a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)-Montoneros (Jozami, 2006).

Tercer gobierno peronista y Montoneros (1973-1974)

Todo parece maravilloso el 12 de marzo de 1973. El FREJULI (Frente Justicialista de Liberación) había triunfado con la fórmula Cámpora-Solano Lima y el peronismo volvía al poder luego de dieciocho años de proscripción. En esa batalla a la distancia con la Dictadura y con sus socios civiles, Perón había alentado el crecimiento de todas aquellas fuerzas político-sindicales que se oponían a la Dictadura, por lo que dentro de los que reconocían el liderazgo de Perón las diferencias no eran para nada menores: para buena parte de las organizaciones sindicales históricas (CGT y 62 Organizaciones) y para el Partido Justicialista la llegada del gobierno peronista significaba haber logrado el objetivo de máxima; para la Juventud Peronista, los sindicatos combativos del peronismo y FAR-Montoneros el triunfo electoral era solo la primera parte de un proceso mucho más vasto que implicaba liberar la nación y alcanzar el socialismo.

Estas contradicciones comienzan a expresarse en la puja sostenida durante los 49 días del gobierno de Héctor Cámpora y alcanzan una escalada mayor a partir del triunfo electoral de Perón, en setiembre de 1973. Hacia el interior del movimiento peronista, la disputa se centra entre quienes tienen la capacidad de influir o de condicionar al propio Perón, para lograr direccionar su conducción hacia la izquierda o hacia la derecha del movimiento (Feinmann, 2010).

En ese momento de agudización profunda de las contradicciones del movimiento peronista, Walsh se incluye en un gran proyecto editorial: un diario de masas que sería financiado y sostenido por Montoneros. La publicación, que se llamaría *Noticias*, fue imaginada a mediados de 1973, en medio de la euforia por el triunfo de Cámpora y, luego, de Perón. Euforia que habilitaba la necesidad de un medio de alcance masivo que diera a conocer las posturas del peronismo revolucionario. Miguel Bonasso (director), Horacio Verbitsky (política), «Paco» Urondo (Secretario de redacción), Juan Gelman (Jefe de redacción), Silvina Walger, Walsh (información general y policiales), Mario Stilman (Deportes) y Jorge Tarsitano (Espectáculos), junto con muchos otros, formaron parte del emprendimiento editorial. También periodistas que venían por fuera de la organización y aun del peronismo: Carlos Ulanovsky, Leopoldo Moreau, Luis Emilio Arana...

Noticias es atravesado (y Walsh junto con todos los periodistas) por los debates en torno a periodismo y a militancia: las discusiones y las cuestiones sobre el tono del diario y sobre la influencia de la organización Montoneros y FAR en las noticias y en los editoriales existieron desde un principio. Durante los primeros meses el diario mantiene una línea nacional-popular, con escasa difusión de las actividades específicas de FAR-Montoneros. De excelente calidad analítica y con vocación popular, *Noticias* alcanza a tirar un promedio de 100 000 ejemplares diarios. Su objetivo era hacer converger a un amplio político-ideológico y no cerrarse a una línea estrictamente partidaria (Esquivada, 2005).

La tapa –y la nota incluida– escrita por Walsh en *Noticias* el día de la muerte de Perón ha sido quizás la que mejor expresara el sentimiento generalizado en la Argentina del 1 de julio de 1974. Para él y para los miembros de Montoneros, la muerte de Perón significó el inicio de un acelerado proceso de radicalización y de distanciamiento con los gobiernos nacional y provincial, y un enfrentamiento desembozado con la organización que amparaba José López Rega en el Estado Nacional: la Triple A.

La radicalización se aprecia en el propio diario *Noticias*, con la aparición de mayores noticias críticas de las políticas de gobierno –en especial, en materia represiva– lo que abrió en la conducción de Montoneros la cuestión del pase a la clandestinidad.

Noticias es clausurado el 29 de agosto de 1974 y el 6 de setiembre Montoneros pasa a la clandestinidad, decisión que generó un debate al interior de la organización en ese momento y que aún hoy continúa siendo debatida en términos políticos (Galasso, 2011). En la práctica, el pase a la clandestinidad significó que miles de militantes de Montoneros que habían tenido y que tenían una vida laboral, social y política pública, debían organizarse rápidamente o quedar expuestos, ellos y sus familias, a la represión de las fuerzas de seguridad o a la paraestatal de la Triple A.

Del gobierno de Isabel Martínez al Golpe cívico militar (1974-1976)

En perspectiva, podríamos señalar que en los días previos al Golpe de marzo de 1976, y por muy diversos motivos, la mayoría de las fuerzas políticas del campo popular hace una caracterización errónea sobre los alcances de la intervención militar. Para los partidos tradicionales no peronistas, el Golpe es un mal menor que vendría con una dosis represiva orientada, centralmente, a disciplinar la interna del peronismo y a encuadrar la movilización sindical creciente. En las organizaciones políticas del peronismo de izquierda y en las de izquierda revolucionaria el Golpe es recibido como un momento de agudización de las contradicciones que generarían una lucha y una movilización popular crecientes. Para las organizaciones con frente de masas y con brazo armado (el Partido Revolucionario de los Trabajadores [PRT], el Ejército Revolucionario del Pueblo [ERP] y Montoneros, por ejemplo), el Golpe es interpretado como un catalizador de la

movilización y de la resistencia popular. En ese sentido, el Golpe aceleraría e incorporaría a nuevos actores laborales y sociales que hasta ese momento se habían mostrado reacios a sumarse a la lucha revolucionaria.

Visto superficialmente, el Golpe reitera las prácticas de 1930, de 1955 y de 1966. Pero esta Dictadura tiene tres características nuevas que la hacen mucho más profunda que las anteriores: 1. Las tres Fuerzas Armadas se pusieron de acuerdo en darle continuidad y sustentabilidad política a lo que llamaron «Proceso de Reorganización Nacional»; 2. Los dictadores venían trabajando desde hacía meses en un plan económico ultraliberal (con Martínez de Hoz a cargo de la tarea) que trastocara profundamente la matriz económico-social-estatal heredada del peronismo; 3. Las Fuerzas Armadas en su conjunto tenían organizado un Plan Sistemático de represión que dividía al país en grandes cuadrículas represivas en donde se torturaba, se asesinaba y se desaparecía (Muleiro, 2011).

Walsh lleva meses en situación de clandestinidad, como el resto de la organización Montoneros. Apenas tres años antes lo habían entrevistado las revistas de tirada nacional y las radios. A principios de 1976, miembro del área de inteligencia de Montoneros, transita entre las islas del Tigre y, finalmente, en una casa del suburbano San Vicente.

Walsh percibe como nadie la profundidad de la ofensiva antipopular de la Dictadura y entrevé (y luego lo escribe) la distancia entre una organización política (de la que él es parte), formada y encuadrada frente a la Dictadura, y la reacción del pueblo frente a la maquinaria genocida desatada. Como tantas otras veces, es su oficio terrestre más querido –el periodismo– el que le permite insertarse en la lucha: frente a la rígida censura de prensa y a la colaboración desembozada de los medios monopólicos con la Dictadura, Walsh desarrolla ANCLA (Agencia de Noticias Clandestina) con un objetivo que todavía imagina la lucha en ofensiva contra los militares (Vinelli, 2002).

La práctica de una prensa clandestina lo lleva a organizar un pequeño grupo de militantes (Rodolfo Walsh, Lila Pastoriza, Lucila Pagliai, Eduardo Suárez y Carlos Aznárez) que toma información de los medios abiertos y también mucha data de contactos cercanos a los propios espacios de poder de la Dictadura, a partir de un eficaz trabajo de inteligencia. ANCLA se propone un lenguaje no panfletario ni propagandístico, un lenguaje accesible y con datos precisos, que fuera creíble y entendible a la vez.

La Agencia hace llegar a la población información que no estaba disponible en los medios masivos; genera cortocircuitos en los espacios de poder de la Dictadura (es conocido que el Ejército y la Armada se desconfiaban por el nombre naval de la Agencia); y hace llegar material a las agencias y a los corresponsales del exterior en la Argentina. ANCLA explota al máximo la idea de Walsh de que la información verdadera está en la información que los propios opresores hacen publicar, había que buscar entre líneas y razonar a partir de los datos que sí se publicaban.

Para fines de 1976, la Dictadura ha logrado desplegar el terror a lo largo y a lo ancho del país. La movilización político-social se ha casi detenido y de las grandes organizaciones que sostienen la lucha armada, el ERP está reducido a su mínima expresión y Montoneros fuertemente debilitado. En ese contexto de dificultades crecientes para sostener la resistencia, con militantes detenidos a diario y con un cerco represivo cada vez más estrecho, Walsh idea una nueva modalidad comunicacional clandestina: Cadena Informativa (Vinelli, 2002).

Walsh se propone reducir al mínimo la exposición de otros militantes y la suya propia: en el caso de Cadena Informativa, escribe él solo textos que también distribuye solo, personalmente y por correo, con la consigna de que el receptor lo haga otra vez, en el formato de una cadena de noticias de persona a persona. La selección de los destinatarios (en general, personas con cierto prestigio o reconocimiento) es clave para darle visibilidad a las notas.

El epígrafe es claro con respecto a los alcances de la tarea emprendida:

Cadena Informativa es uno de los instrumentos que está creando el pueblo argentino para romper el bloqueo de la información. Cadena Informativa puede ser USTED MISMO, un instrumento para que usted se libere del terror y libere a otros del terror. Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez las estarán esperando. Millones quieren ser informados. El terror se basa en la incomunicación. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. DERROTE AL TERROR. HAGA CIRCULAR ESTA INFORMACION (Walsh, 1998: 242).

Este período de Walsh está signado, además, por la muerte en enfrentamiento con las fuerzas represivas de la Dictadura de su hija Vicki, combatiente montonera que prefirió matarse a ser capturada. Dedicado con exclusividad a la militancia desde los emprendimientos de inteligencia y de prensa clandestina, Walsh expresa todo su dolor y su orgullo en «Carta a mis amigos», con su precisión y su reflexión absolutamente clara, aun en un profundo dolor: el relato de la muerte de Victoria se transforma, también, en una pieza comunicacional excepcional. En ella, Walsh expresa como pocos el camino y el sentido de la generación de los setenta que se suma a la lucha revolucionaria.

Fue a militar a una villa miseria. Era su primer contacto con la pobreza extrema en cuyo nombre combatía. Salió de esa experiencia convertida a un ascetismo que impresionaba. Su marido, Emiliano Costa, fue detenido a principios de 1975 y no lo vio más. La hija de ambos nació poco después. El último año de vida de mi hija fue muy duro. El sentido del deber la llevó a relegar toda satisfacción individual, a empeñarse mucho más allá de sus fuerzas físicas. Como tantos muchachos que repentinamente se volvieron adultos, anduvo a los saltos, huyendo de casa en casa. No se quejaba, sólo su sonrisa se volvía más desvaída. En las últimas semanas varios de sus compañeros fueron muertos: no pudo detenerse a llorarlos. La embargaba una terrible urgencia por crear medios de comunicación en el frente sindical que era su responsabilidad (Lafforgue, 2000: 280).

En el relato aparece su método riguroso de siempre: para saber los detalles de la muerte de su hija se entrevista con uno de los soldados conscriptos que participó del operativo. Imagen terrible y, a la vez, de una profunda coherencia: conocer la verdad de los testimonios más cercanos posibles: «He visto la escena con sus ojos: la terraza sobre las casas bajas, el cielo amanecido y el cerco. El cerco de 150 hombres, los FAP emplazados, el tanque. Me ha llegado el testimonio de uno de esos hombres, un conscripto» (Lafforgue, 2000: 280).

Y, también, la denuncia sobre el destino de los detenidos por el aparato represivo:

Mi hija no estaba dispuesta a entregarse con vida. Era una decisión madurada, razonada. Conocía, por infinidad de testimonios, el trato que dispensan los militares y los marinos a quienes tienen la desgracia de caer prisioneros: el despellejamiento en vida, la mutilación de miembros, la tortura sin límite en el tiempo ni en el método, que procura al mismo tiempo la degradación moral, la delación (Lafforgue, 2000: 281).

En ese relato de profunda confesión, Walsh entrevisté la derrota, derrota que intentaba señalarle a la conducción de su propio espacio de militancia y que implicaba, también, la muerte:

Nos veíamos una vez por semana, cada quince días. Eran entrevistas cortas, caminando por la calle, quizá diez minutos en el banco de una plaza. Hacíamos planes para vivir juntos, para tener una casa donde hablar, recordar, estar juntos en silencio. Presentíamos, sin embargo, que eso no iba a ocurrir, que uno de esos fugaces encuentros iba a ser el último, y nos despedíamos simulando valor, consolándonos de la anticipada pérdida (Lafforgue, 2000: 281).

Y frente a esa derrota que se preanuncia, Walsh reafirma su compromiso, el compromiso del cumplimiento del deber, aunque ese compromiso sea, como en el caso de Victoria y en el suyo, un acto de orgullo individual:

En el tiempo transcurrido he reflexionado sobre esa muerte. Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren como ella, tenían otro camino. La respuesta brota de lo más profundo de mi corazón y quiero que mis amigos la conozcan. Vicki pudo elegir otros caminos que eran distintos sin ser deshonorosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su lúcida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella: vivió para otros, y esos otros son millones. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy yo quien renace de ella (Lafforgue, 2000: 281).

El balance de los dos primeros años de la Dictadura es, para Walsh, devastador en lo personal y en lo organizacional. Son conocidas sus diferencias crecientes con la conducción de Montoneros, diferencias que, aun en ese contexto de retroceso, maneja con absoluta reserva y, fiel a su trayectoria, con responsabilidad militante y con compromiso comunicacional con la organización. No sabemos a ciencia cierta si fue lo último que escribió, pues los papeles de Walsh fueron robados por los represores en la casa de San Vicente. Pero sí es seguro que su «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar» (1977) fue la última producción de Cadena Informativa. Él mismo estaba distribuyendo la Carta cuando lo sorprendió una patota represiva de la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada).

La Carta a la Junta Militar (1977)

«Carta abierta de un escritor a la Junta Militar» (1977) concentra en un texto breve todos los aspectos de la vida, la trayectoria y los modos de escribir de Walsh. Concebida como una carta de denuncia periodística al cumplirse un año de la Dictadura cívico militar, la Carta ofrece un diagnóstico y un análisis de la Dictadura que posee una claridad conceptual y analítica extraordinaria para las características de la situación en las que se encontraba Walsh: clandestino, perseguido de cerca por las fuerzas represivas, aislado de su organización y con limitado acceso a información. La Carta es, sin embargo, el mejor análisis de lo que está ocurriendo y propone al lector los debates y los conflictos que sobre la Dictadura se desplegarán décadas más tarde.

Cada párrafo es un mazazo, una afirmación muy difícil de refutar, tanto porque tenía una lógica impecable como por la precisión de los datos expuestos. El carácter ilegítimo de la Dictadura y su perfidia: «El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva, y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para nueve meses más tarde» (Walsh, 1998: 250). A esa ilegitimidad de origen, señala Walsh,

[...] han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina (Walsh, 1998: 251).

Esa restauración solo es posible mediante la aplicación del terror, y Walsh desmenuza el modo en el que la Dictadura está llevando a cabo su despliegue. Impresiona la información que maneja y el modo de señalar, con precisión y por primera vez, el plan sistemático de desaparición de personas.

Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror. [...] Más de siete mil recursos de hábeas corpus han sido contestados negativamente este último año. En otros miles de casos de desaparición el recurso ni siquiera se ha presentado porque se conoce de antemano su inutilidad o porque no se encuentra abogado que ose presentarlo después que los cincuenta

o los sesenta que lo hacían fueron a su turno secuestrados. [...] han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido (Walsh, 1998: 251).

El relato pormenorizado de los diversos modos en los que la Dictadura lleva a cabo las ejecuciones sumarias, los asesinatos, las desapariciones y los enfrentamientos ficticios no deja lugar a dudas: se está perpetrando un genocidio. Advierte Walsh inmediatamente, con enorme suspicacia, la posibilidad de una «teoría de los dos demonios» que la Junta Militar pretendía instalar para justificar su accionar y que en la transición democrática de 1983 reapareció en otro formato:

Las 3 A son hoy las 3 Armas, y la Junta que ustedes presiden no es el fiel de la balanza entre “violencias de distintos signos” ni el árbitro justo entre “dos terrorismos”, sino la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y sólo puede balbucear el discurso de la muerte» (Walsh, 1998: 254).

El Plan Sistemático, anuncia Walsh, no se circunscribe solo a la Argentina sino que se vincula con los procesos dictatoriales de América Latina y con la articulación entre fuerzas represivas, que incluyen a la CIA.

La misma continuidad histórica liga el asesinato del general Carlos Prats, durante el anterior gobierno, con el secuestro y muerte del general Juan José Torres, Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruíz y decenas de asilados en quienes se ha querido asesinar la posibilidad de procesos democráticos en Chile, Bolivia y Uruguay. La segura participación en esos crímenes del Departamento de Asuntos Extranjeros de la Policía Federal, conducido por oficiales becados de la CIA a través de la AID, como los comisarios Juan Gattei y Antonio Gettor, sometidos ellos mismos a la autoridad de Mr. Gardener Hathaway, Station Chief de la CIA en Argentina [...] (Walsh, 1998: 243).

Todo el terror y el horror tienen para Walsh un motor muy distinto del mero objetivo político-represivo. El intelectual desnuda el sentido profundo del plan represivo: la miseria planificada. La planificación del terror es la modalidad necesaria para imponer la política económica de la Dictadura.

Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40%, el de ropa más del 50%, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si esas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la «racionalización» (Walsh, 1998: 243).

Los datos surgen en la Carta con total nitidez: baja en el salario real, disminución de los trabajadores en el ingreso, elevación de la jornada laboral, congelamiento de salarios, elevación de la desocupación, despidos masivos. Para Walsh, los resultados concretos son devastadores.

Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con la que semejante política la convirtió en una villa miseria de diez millones de habitantes. Ciudades a media luz, barrios enteros sin agua porque las industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes sólo pavimentan los barrios militares y adornan la Plaza de Mayo, el río más grande del mundo contaminado en todas sus playas porque los socios del ministro Martínez de Hoz arrojan en él sus residuos industriales, y la única medida de gobierno que ustedes han tomado es prohibir a la gente que se bañe (Walsh, 1998: 243).

Y detrás de la miseria planificada, detrás de la élite oligárquica, están para Walsh los organismos internacionales.

Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o a Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, a la nueva oligarquía especuladora y a un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la US.Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete (Walsh, 1998: 243).

Walsh desentraña, en esos primeros doce meses de Dictadura, la madeja que explica el modo en el que se despliega el incipiente neoliberalismo en la Argentina. Las fuerzas económicas y sociales que están detrás de los uniformes quedan al descubierto; y un plan mucho más vasto que el del exterminio se muestra a través de la prosa precisa de Walsh. Los socios civiles de la Dictadura aparecen claramente identificados: la Sociedad Rural, la Bolsa de Comercio, las empresas transnacionales ubicadas en el país, la especulación financiera.

Walsh señala con total lucidez que lo que está ocurriendo, que el verdadero propósito de la Dictadura, es cambiar radicalmente la matriz societal de la Argentina. La represión planificada es la herramienta de la miseria planificada; refundar la Nación para que una minoría se apropie de todo y para que las mayorías carezcan de fuerza política para impedirlo.

En el momento en el que debe distribuir esta Carta, a riesgo de su vida, elige para definirse a sí mismo uno de sus tantos oficios terrestres: el de escritor. De este modo, la Carta es, también, el vehículo para resolver una contradicción que lo aquejaba desde que había profundizado su militancia política, en 1974. ¿Se podía escribir y hacer la revolución a la vez? En medio de la derrota, que Walsh evaluaba como nadie, y sin dejar de cumplir con su deber militante, se dirige a la Junta (y al pueblo) como un escritor. Elige la palabra escrita, el territorio en el que mejor se manejaba, como su arma predilecta. Y a la vista de su proyección histórica, no estaba para nada errado.

Referencias bibliográficas

ALTAMIRANO, Carlos (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.

DUHALDE, Eduardo Luis (2013). *El Estado terrorista argentino*. Buenos Aires: Colihue.

ESQUIVADA, Gabriela (2005). *El diario Noticias. Los montoneros en la prensa argentina*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

FEINMANN, José Pablo (2010). *Peronismo, filosofía política de una persistencia argentina*. Buenos Aires: Planeta.

GALASSO, Norberto (2011). *Historia Argentina*. Tomos I y II. Buenos Aires: Colihue.

JOZAMI, Eduardo (2006). *Rodolfo Walsh, la palabra y la acción*. Buenos Aires: Norma.

LAFFORGUE, Jorge (2000). *Textos de y sobre Walsh*. Buenos Aires: Alianza.

MIRES, Fernando (1990). *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

MONIZ BANDEIRA, Luis Alberto (1998). *La revolución cubana y América Latina*. Buenos Aires: Norma.

MULEIRO, Vicente (2011). *1976. El golpe civil*. Buenos Aires: Planeta.

NOVARO, Marcos (2010). *Historia de la Argentina, 1955-2010*. Buenos Aires: Siglo XXI.

O'DONNELL, Guillermo (1984). *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

SCALABRINI ORTIZ, Raúl (1940). *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Reconquista.

VINELLI, Natalia (2002). *ANCLA. una experiencia de comunicación clandestina*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.

WALSH, Rodolfo (1972). *Operación Masacre*. Buenos Aires: Ediciones La Flor.

WALSH, Rodolfo (1998). *El violento oficio de escribir (obra periodística 1953-1977)*. Buenos Aires: Planeta.

Referencias electrónicas

BOZZA, Juan Alberto (2009). «El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969». *Sociohistórica* (N.º 9-10), pp.135-169 [en línea]. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2942/pr.2942.pdf>.

DEMARIA, Laura (2001). «Rodolfo Walsh, Ricardo Piglia, la tranquera de Macedonio y el difícil oficio de escribir». *Revista Iberoamericana* LXXII (N.º 194-195), pp. 135-144 [en línea]. Recuperado de <<http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/iberoamericana/article/view/5897/6040>>.

SOTELO, Luciana (2008). «El discurso sobre la burocracia en el *Semanario de la CGT de los Argentinos*». *V Jornadas de Sociología de la UNLP*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata [en línea]. Recuperado de <<http://www.aacademica.org/000-096/35.pdf>>.

VACA NARVAJA, Hernán (2016). «Jorge Ricardo Masetti, de la crónica de la Revolución Cubana a la fundación de Prensa Latina» [Tesis de maestría]. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata [en línea]. Recuperado de <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/52612>>.